

PROPOSITOS.

1. La mortificacion es inseparable de la vida cristiana; busca un solo santo que no sobresaliese en esta virtud. No digamos ya que la mortificacion es buena para los santos; si algunos se hubieran de considerar dispensados de practicarla, debieran ser las almas inocentes y puras. Con todo eso, los amigos de Dios son, por lo comun, los mas mortificados; pero ¿quiénes tienen mayor necesidad de mortificarse que los pecadores? Digamos, pues, en adelante que la mortificacion es la legitima, es el patrimonio de todos los cristianos; y que es la virtud que caracteriza á todos los escogidos de Dios. Procura que en adelante sea tambien la tuya. Practica con espiritu de religion todas las que fueren de precepto. Nunca te dispenses ni en los ayunos ni en las abstinencias de la Iglesia. Ha llegado el dia de hoy la delicadeza á tal punto, que todos los que tienen algun rastro de religion se deben estremecer. Parece que basta ser persona de distincion, de conveniencias, ó ser sugeto visible para considerarse desobligado de ayunar y de comer de vigilia; esta obligacion se deja para los religiosos ó para la gente del pueblo. No sigas un error que tendrá en el infierno á muchos; abuso que debe sobresaltar á todo ánimo cristiano. Es cierto que aprueba Dios algunos motivos de dispensa; es cierto que son legitimos algunos; pero no te figures tú que lo son todos.

2. Acostúmbrate á la mortificacion interior de tus pasiones, de tus inclinaciones, de tu genio y de tus costumbres; en esto ninguno se puede dispensar; mas no por eso te olvides de la mortificacion exterior. Son siempre muy convenientes las penitencias del cuerpo; consulta con un prudente confesor las que son mas proporcionadas para tí, y no te descuides

en practicarlas, advirtiendo que son remedios y son preservativos.

SAN LUIS BELTRAN.

En la nobilísima ciudad de Valencia, á primero de Enero de 1525, nació san Luis Beltran para honra de su patria, provecho universal de la Iglesia, y lustre de la religion del glorioso patriarca santo Domingo. Fueron sus padres Juan Luis Beltran y Angela Exarch, personas de mas piedad en sus costumbres, que fortuna en los bienes de este mundo. Criaron al niño con todo aquel cuidado que les sugeria el amor paternal, y mucho mas con el esmero que les dictaba la piedad cristiana. Las felices disposiciones que manifestaba desde los primeros momentos de su vida para la virtud, no permitian que fuesen infructiferas las diligencias de sus padres. Así se veia que ayudadas mutuamente la naturaleza y la educacion hacian unos progresos iguales á las esperanzas. Las cosas sagradas tenian para el santo niño tal atractivo y encanto, que ellas disipaban sus disgustos, acallaban sus lloros y le bañaban el rostro de alegría. Con llevarle á la iglesia ó presentarle delante de las santas imágenes de Jesus y de Maria, se le tenia perfectamente entretenido. Con tan felices anuncios fué creciendo, y con él la virtud y la piedad, hasta que comenzó á rayar en él el uso de la razon. Entonces comenzó á verse en todo su esplendor aquella alma dichosa, á quien Dios habia prevenido con las bendiciones de su copiosa gracia.

Apenas tenia ocho años cuando, por una tierna devocion anticipada á la Reina de los ángeles, la rezaba diariamente su oficio. A esta oracion vocal acompañaba la contemplacion fervorosa de los divinos miste-

rios, para lo cual se retiraba con frecuencia á los lugares mas secretos de su casa, en donde alimentaba su alma con celestiales dulzuras. Desde aquella edad comenzó á afligir su cuerpo con varios géneros de mortificaciones, unas veces ayunando á pan y agua, y otras privándose del sueño para emplearse en la oracion. Lo poco que dormia era sobre una arca ó en el duro suelo, y para que la vanidad no hallase puerta por donde entrar á su alma, cuidaba todas las mañanas de descomponer la ropa del lecho, previniendo con este santo artificio la reprension que pudieran darle sus padres. Palabras descompuestas, enredos y juegos de niños, tan frecuentes en aquella edad, jamás se vieron en nuestro santo. En su lugar asistia á los templos, ayudaba á los sacerdotes en el santo sacrificio de la misa, manifestando en todo un juicio y cordura de anciano. Era humildísimo y obediente para sus padres; si tal vez veia á su madre enojada por algun incidente de la casa, tomaba un libro, y leyéndole alguna cosa oportuna, desarmaba su ira, y volvía la tranquilidad á su corazon. Con este tenor de vida llegó á los quince años, redoblando cada día los fervores de su devoción, tanto, que juzgó su confesor que tenia el espíritu necesario para comulgar diariamente. Bien conocia el santo jóven que este era un privilegio que podia llamar hácia sí las atenciones curiosas del mundo; pero él preveia diestramente sus censuras, variando siempre las iglesias para que no fuese conocido su fervor. Por esta causa se persuadió á que la casa de sus padres no era el lugar mas oportuno para emplearse en los ejercicios de virtud que tanto apetecia, y así pensó poner en ejecucion el consejo evangélico, que dice: *Que se olvide su pueblo y la casa de sus padres para seguir al Señor.* Mudóse, pues, de vestido, y dejando una carta escrita á su padre, en que le declaraba sus designios, salió de

Valencia con ánimo de buscar algun desierto en donde consagrarse á Dios por toda su vida. Siete leguas habria andado cuando le encontraron los emisarios que envió su padre para buscarle. Halláronle estos en traje tan devoto, y supo satisfacer á su padre con razones tan piadosas, que, lejos de enojarse contra el santo mancebo, le proporcionó vestidos clericales, y le permitió la continua asistencia á los hospitales públicos, en donde consolaba y servia á los enfermos. Su espíritu fervoroso se hallaba como fuera de su elemento en aquel estado; deseaba con ansia otro de mayor perfeccion; y así se fué al prior de santo Domingo, que á la sazón era el maestro fray Jaime Ferran, quien no dudó condescender con sus deseos. Pero su padre, que tenia sobre él miras algo ambiciosas, se fué al prior en el mismo día en que habia de tomar el hábito, y representándole que su hijo padecia tales enfermedades, que seria á la religion gravoso, desvanecié todo el proyecto, y burló las esperanzas que Luis habia concebido. Quedó el santo tristísimo, y acudia á Dios y á su santa Madre con oraciones y sentidas lágrimas, pidiéndoles el cumplimiento de sus votos. Contra el poder de Dios y sabias disposiciones de su providencia jamás pueden prevalecer ni las fuerzas ni la industria humana. El Señor tenia elegido á Luis para uno de los mas grandes obreros evangélicos que habia de producir la esclarecida religion de santo Domingo; y así, por exquisitas diligencias que hizo su padre para impedir que diese su nombre á esta sagrada milicia, todas se vieron frustradas. A 26 de agosto de 1544 tomó el hábito de santo Domingo, con tanto gusto del santo jóven, como pesar de su padre, cuyas miras carnales le hacian desaprobar una resolucion tan santa, que tenia todas las señales de haber sido inspirada de Dios. Luego que san Luis se vió contado entre los hijos de Do-

mingo, se propuso por ejemplar de su vida la de su santo patriarca y la de san Vicente Ferrer.

Este propósito se verificó tan exactamente en todas sus acciones, que, aun siendo novicio, solia decir su maestro, el santo fray Juan Micó, que Luis habia de ser en Valencia otro san Vicente Ferrer; dicho, que, atendiendo á su virtud y á la portentosa vida de Beltran, pudo tener todas las cualidades de profecía. Los penosos ejercicios tan frecuentes en el noviciado, la continua asistencia al coro, las ocupaciones humildes y las rigurosas penitencias, eran el centro en que descansaba Luis. Su fervor y su virtud, lejos de hallar pena en donde la encuentran los tibios, hallaba descanso y el medio de cobrar nuevos alientos. Privábase voluntariamente de la mayor parte de su comida para darla á los pobres; y con este artificio piadoso lograba á un mismo tiempo ejercitar consigo la abstinencia, y con el prójimo la misericordia. Llegó el tiempo de la profesion, y conociendo los padres que en aquel santo mancebo adquiria la religion un rico tesoro, se la dieron con gusto. Asegurado Luis de que ya tenia un establecimiento en que podia dedicarse á Dios sin reserva alguna, comenzó á entregarse á la virtud, y con especialidad á la mortificacion; de manera que cayó en una grave enfermedad. Pero la convalecencia que fué Dios servido concederle, la empleó de nuevo en mas rigurosos ejercicios. La humildad, la obediencia, la castidad y la pobreza eran sus virtudes favoritas; pero teníalas cimentadas sobre la basa de la caridad, sin la cual sabia que no hay virtud que sea á Dios agradable. En la oracion era continuo, y era tal la alteza con que consideraba los divinos misterios, que muchas veces salia fuera de sí, y se quedaba arrobado. En estos raptos sentia tal complacencia su alma, que, sin embargo de haberle destinado sus superiores á los estudios, pensó muchas

veces abandonarlos para dedicarse con mayor libertad á la oracion. Pero como todas las cosas las obraba con el consejo de un director sabio y virtuoso, este le hizo ver que aquello era una verdadera tentacion, con que pretendia el demonio impedir los progresos que en beneficio de sus prójimos podria hacer en lo sucesivo. Persuadido de esta verdad, se dedicó con el mayor ahinco al estudio de las ciencias sagradas, y en ellas hizo tales progresos, que con justicia se le podia contar por uno de los verdaderos sabios. Principalmente dedicó su atencion á las obras del grande doctor santo Tomás de Aquino, bien satisfecho de que en ellas encontraria un compendio luminoso de la mas pura y sana doctrina que enseñaron todos los padres de la Iglesia. En efecto, con semejante estudio salió fray Luis un teólogo dogmático, capaz de enseñar al pueblo los mas difíciles misterios de la religion; un teólogo expositivo, que penetraba la médula de las Escrituras sagradas, y alimentaba con ella á los fieles, y un teólogo moral, que conocia perfectamente la rectitud ó deformidad de las acciones, para persuadirlas ó reprenderlas.

Entre tanto, se llegó el tiempo en que debia ascender á la sublime dignidad del sacerdocio. La delicadeza de su conciencia le hacia mirar este ministerio tan augusto con temor y temblor; pero la obediencia por una parte, y el amor á sus prójimos por otra, dos ejes sobre que se movia su alma, le hicieron despreciar los temores. Ordenóse de sacerdote, é inmediatamente concibió que, á proporcion de la grandeza de la dignidad que habia recibido, debian ser tambien los nuevos progresos que de allí adelante hiciese en la virtud. Esta consideracion le empeñó en mayores asperezas de vida, en nuevos ejercicios de humildad, y en una contemplacion tan continua, que apenas habia momento en que no estuviese pensando en su

Dios. Contento vivia fray Luis bajo el yugo de la obediencia; pero Dios, que le tenia preparado para que como antorcha despidiese de sí el resplandor de las virtudes, dispuso ponerle en el candelero de la prelación. Antes de esto fué elegido por maestro de novicios, oficio delicado, que exige gran virtud y gran prudencia para no malograr en su principio las grandes almas que lleva Dios á las religiones. Seis veces fué reelegido fray Luis en este empleo, prueba muy evidente de las grandes ventajas que advertian los superiores en la educacion que daba á los novicios. Inspirábales una humildad profunda, el desasimiento de las cosas del mundo, la caridad fraternal, la obediencia á los prelados, la mortificacion de los sentidos, y todo el cúmulo de virtudes que constituyen un verdadero religioso. Pero sus instrucciones iban precedidas de su ejemplo; tanto, que, compadecido un novicio de verle verter sangre en gran copia cuando tomaba alguna disciplina, le amenazó que se lo diria al prior. Fray Luis, temiendo mas el motivo de vanidad que de aquí podría resultarle, que la reprehension del prelado, suplicó al novicio que callase, y de allí adelante juntó su mortificacion con una prudente cautela. Rodeábase al cuerpo una sábana que empapase la sangre que vértia en las disciplinas, y de este modo impedía que, salpicando en las paredes, excitase la compasion de los novicios. En este ejercicio tuvo el pensamiento de dedicarse á la carrera de lector. Obtuvo patente del general para pasar al convento de San Estéban de Salamanca; pero habiéndole asegurado el maestro Micó y otro padre muy espiritual que Dios no le llamaba por aquel camino, se volvió á Valencia, haciendo á Dios en esto mismo un agradable sacrificio, no solamente de sus comodidades, sino tambien de su sabiduria y de sus luces.

No quedaron escondidas estas bajo el celemin;

antes bien el ensayo que de ellas habia hecho en el magisterio de novicios, dió una prueba incontestable de que eran proporcionadas para mayores empresas. Por tanto, fué nombrado por superior del convento de Albaida, en cuya prelación brillaron con nuevo resplandor cuantas virtudes hasta entonces habia adquirido. Como su corazon estaba abrasado en el amor de sus prójimos, apetecia vivamente la salvacion de estos, y la procuraba por todos los medios posibles. Uno de ellos era la predicacion que ejercia él, y hacia ejercitar á sus religiosos con conocido provecho de cuantos los oian. Su estudio para predicar, mas que en los libros, le hacia en Jesucristo crucificado, cuya pasion sangrienta consideraba con toda la vehemencia de su alma. A este propósito solia decir que no puede ser verdadero predicador, ni verdadero religioso, el que no tiene en su celda un crucifijo. Asi salian las palabras de su pecho encendidas de aquel fuego que le devoraba, y producian tan admirables conversiones. Igual fruto sacaba administrando el sacramento de la penitencia; y era tal la compuncion y lágrimas que inspiraba á los penitentes, que por este medio hizo abandonar á muchos su vida licenciosa, y emprender otra cristiana y arreglada. Favorecia estas operaciones el don de penetrar los secretos interiores con que Dios le habia favorecido. Entre los muchos casos que lo acreditan, se refiere que, volviendo un dia el santo de predicar, se encontró con un pastor en el camino; trabaron conversacion, y á pocas razones le descubrió todos los secretos de su vida distraida, y cuántos años habia que no se confesaba. Exhortóle al arrepentimiento, certificándole que dentro de poco le llamaria Dios á juicio. Sorprendióse el pastor, y confuso y avergonzado de ver tan claramente descubiertos sus delitos, dió palabra al santo de confesarse; y habiéndolo he-

cho con grande compuncion y lágrimas, le llevó Dios para sí de allí á muy pocos días. Acabado su priorato, volvió á Valencia á ejercer el cargo de maestro de novicios, para el cual le habia dotado Dios de luces muy superiores. Pero este empleo no le impedia ejercitarse en la predicacion y en la administracion del sacramento de la penitencia. Salia frecuentemente á predicar por los lugares circunvecinos, y alguna vez á complacer la devocion de la condesa doña Maria de Mendoza, que residia en Concentaina. Esta señora, que tenia una virtud sólida en medio de su grandeza, hallaba mucho gusto espiritual en tener en su casa al santo fray Luis, cuyas conversaciones y discursos la afianzaban en la virtud, y trasformaban su casa en un convento. Cuidaba la señora de que se le pusiese un aposento bien provisto de todo; pero el santo, que amaba mas la mortificacion que todas las delicias del mundo, jamás dormia en el lecho, y segun testificaban los familiares de la condesa, jamás fueron á despertarle que no le viesen de rodillas, abismado en la contemplacion de Dios.

Tanto fuego de caridad no hallaba en España materia suficiente en que emplearse. Deseaba fray Luis tener ocasiones de padecer grandes trabajos por amor de aquel que tantos habia padecido por la redencion del mundo. Habia deseado desde niño dar su vida por él, y nunca desistia del pensamiento de exponerla á las mayores fatigas por la salud de sus prójimos. Agitado de estos pensamientos, oyó hablar de la necesidad que habia en las Indias de ministros evangélicos, y de la innumerable gente que por esta falta vivia sin el conocimiento de Dios, tributando adoraciones al demonio, y perdiéndose para siempre jamás. La caridad movió su corazon con los afectos de compasion y de ternura hácia aquellas gentes desventuradas, y se resolvió á darles por su parte todo

el auxilio que le fuese posible. Solicitó de su general licencia para pasar allá, y por el alto concepto que su virtud merecia, la obtuvo sin dificultad alguna. Sus amigos y parientes le representaron una multitud de dificultades, capaces de desanimar al espiritu mas alentado. Los religiosos le proponian lo largo y penoso del camino, la aspereza de las tierras en donde habia de predicar, la variedad de las lenguas, la barbarie de las gentes, y el implacable odio que profesaban á los ministros de la religion cristiana. Sus parientes, bañados en lágrimas, le oponian todas las razones que dicta la naturaleza, le acordaban los atractivos de la sangre; y últimamente se valian de sus mismos achaques y enfermedades para persuadirle que con tan débiles fuerzas era imposible concluir una empresa tan arriesgada. El prior de Valencia y sus hermanos llegaron hasta el extremo de negarle todo auxilio para el camino, queriéndole estrechar por este medio á desistir de su proyecto. Pero nuestro santo, lejos de hallar en todas estas razones motivos para desistir, las encontraba muy poderosas para confirmarse en sus deseos, y persuadirse á que Dios mismo se los habia inspirado. Los trabajos que le proponian halagaban el apetito de padecer por Dios. La nueva que le habian dado de que los bárbaros idólatras quitaban la vida en odio de la religion cristiana, vivificó en él la dulce esperanza de poder conseguir el martirio; y últimamente, el negarle todo auxilio humano para la comodidad de su viaje, lo reputó por un medio favorable de observar la santa pobreza que habia profesado. Asi resuelto y alegre hizo una tierna plática á sus novicios, pidió perdon á los religiosos del mal ejemplo que les habia dado; y despidiéndose de ellos, se puso en camino á pié y con unas alforjillas al hombro, en donde llevaba algunos libros. Su fortaleza, no menos que su caridad,

dejó admirados á todos; y viendo sus hermanos que no habia medio de detenerle, le salieron al encuentro en Játiva, y le proveyeron de dinero con que hiciese mas cómodamente su viaje. Como su salud era bastante enferma, admitió lo necesario para comprar un jumentillo, en que llegó á Sevilla. Embarcóse en esta ciudad, y aunque en el viaje se ofrecieron algunas tormentas, las calmó Dios por sus oraciones, y llegó felizmente á Cartagena de Indias.

○ Su espíritu fervoroso no podia avenirse bien con el ocio, ni permanecer un instante sin emplearse en el destino que le habia hecho atravesar tantos mares. Inmediatamente solicitó de los superiores que le señalasen pueblos en donde comenzar á esparcir la semilla del Evangelio. Luego que logró este destino, comenzó á predicar y á catequizar con tal actividad, que fueron muchos los millares de indios que por su persuasion se convirtieron á la fe, solicitando con ansia el sacramento del bautismo. Ninguna dificultad podia acobardar su espíritu; ningun peligro era bastante á detenerle en su carrera, ni pudieron quebrantar su constancia los muchos ardides de que se valió el demonio para impedir los copiosos frutos de su predicacion. Caminaba por montañas y derrumbaderos, atravesaba ríos y lugares pantanosos, sufriendo con gusto hambre, sed, cansancio y todas las inclemencias de las estaciones por ganar almas á Jesucristo. En dos diferentes veces le dieron los sacerdotes de los ídolos á beber veneno, intentando de este modo quitar la vida al enemigo de sus supersticiones; pero Dios, que conocia cuán necesaria le era aquella vida preciosa á su religion sacrosanta, se la conservó milagrosamente. Advirtiolo el santo una vez; y sentido de no haber perdido la vida por amor de su Señor, hacia tales exclamaciones contra la ineficacia del veneno, que le habia privado de la palma del márti-

rio, como pudiera hacer cualquiera otro contra su mismo homicida. Su predicacion era recomendada por Dios con gran multitud de milagros; los cuales, aunque bastaron para confundir la protervia de la infidelidad, no fueron suficientes para ablandar la dureza de algunos cristianos que trataban cruelmente á aquellas gentes miserables. A este propósito predicaba el santo de continuo, exhortando á los señores y ministros á que tratasen á los indios como hermanos suyos y personas redimidas con la sangre de Jesucristo; á que templasen el rigor y ferocidad con que los castigaban; y últimamente, á que pusiesen algun término á su codicia. Estas persuasiones las confirmó en cierta ocasion con un portentoso milagro, que merece referirse. Comia el santo en compañía de varios poderosos que oprimian á los indios con injustas contribuciones y tributos insoportables. Un dia que estaba con ellos á la mesa, les asió en tono amenazador y terrible su conducta; y queriendo confirmar su predicacion con un portentoso que los aterrara, tomó en sus manos el pan que estaba sobre la mesa, y exprimiéndolo, brotó sangre; y al mismo tiempo les dijo: *Esta sangre es el sudor de los pobres, ved y considerad bien de qué formais vuestro alimento.* Pero los cristianos, menos sensibles á los prodigios que los gentiles mismos, no pusieron por esto freno ni á su crueldad ni á su codicia, lo cual fué causa de que el santo, horrorizado de tanto mal, tratase de volverse á España. Luego que los indios lo llegaron á saber, hicieron gran sentimiento; porque le amaban sobremanera, no menos por sus virtudes, que por los grandes dones con que Dios le habia enriquecido. Veian en él el don de lenguas, porque, predicando en español, era entendido de todos los indios de cualquiera tribu ó nacion que fuesen. Veianle descubrir los secretos mas ocultos, penetrar las inten-